

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1971

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato y Junta Directiva	9
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1970, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	11
ESTUDIOS	
Algunos aspectos referentes al abastecimiento de carne a la Villa de Madrid (1481-1877), por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	19
Historia y descripción del Camarín de reliquias de El Escorial, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i>	53
La Carrera de San Jerónimo, por <i>Carmen Rubio Pardos</i>	61
El Alcázar y no la Torre de los Lujanes fue la prisión madrileña de Francisco I de Francia, por <i>Amada López de Meneses</i>	121
La Casa Eraso (Casaras) del Puerto de la Fuenfría, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i>	149
La pintura en tres iglesias madrileñas: Comendadoras de Alarcón, San Plácido y Parroquial de San Martín, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	155
Iglesia de Alpajés, en Aranjuez, por <i>Ana María García Páramo</i>	173
Estudio y Catálogo del vestuario escénico en las personas dramáticas de Calderón, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	181
El proyecto de Ardemáns para la Basílica Pontificia de San Miguel, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	215
Aspectos del vivir madrileño durante el reinado de Carlos II, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	229
Asociaciones piadosas madrileñas del siglo XVIII (Descripción bibliográfica de sus Constituciones), por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	253
Catálogo de las Socias de honor y mérito de la Junta de Damas Matritense (1787-1811), por <i>Paula de Demerson</i>	269
Abastecimiento de carbón en Madrid de 1797 a 1800, por <i>M.ª Nieves Ramos Torre</i>	275

	<u>Páginas</u>
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	313
La Casa-Palacio de los Mariscales de Castilla, por <i>José del Corral</i>	333
Problemas y personajes de la Sala de Alcaldes en 1791, por <i>Antonio de P. Ortega Costa</i> y <i>Ana M.^a García Osma</i>	347
En el estudio de Esquivel. Una imaginaria reunión que ha pasado a la historia, por <i>Enrique Pardo Canals</i>	357
Breve historia de la Biblioteca del Ateneo de Madrid, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	383
El Atlas de España y sus talleres de grabado (Empresa Madoz-Coello), por <i>José Gómez Pérez</i>	401
Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo XIX, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	421
Servicios y actividades culturales del Ayuntamiento de Madrid, por <i>Antonio Aparisi</i>	453

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía de Madrid y su provincia (Continuación), por <i>José Luis Oliva Escribano</i> .	469
Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	487

MATERIALES DE TRABAJO

Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	501
--	-----

HISTORIA Y DESCRIPCION DEL CAMARIN DE RELIQUIAS DE EL ESCORIAL

POR GREGORIO DE ANDRÉS, O.S.A.

I

Una de las colecciones valiosas, pero apenas conocida que encierra el Monasterio de El Escorial, es un tesoro espiritual de reliquias engastadas en preciosos y artísticos relicarios. Pasa desapercibida a los turistas e incluso a los eruditos, como lo confirma que apenas ha habido estudios ni monografías tanto de su historia en general como sobre las reliquias y sus documentos que las autentizan, «auténticas», que en gran número se conservan en este Monasterio y son escasas las monografías que han sido publicadas que versan sobre los objetos artísticos de estos relicarios y que nosotros procuraremos señalar a través de dos artículos.

En resumen, que está por escribir este interesante capítulo de la historia del Monasterio de El Escorial, que se enlaza con la historia eclesiástica y civil, como lo demuestran sus «auténticas» y más todavía con las artes, menores principalmente, y en especial la orfebrería.

Para llegar a formar un conjunto tal de reliquias, se elevó a la cifra de 7.420, el celo de Felipe II no perdonó afanes, desvelos, preocupaciones y dispendios que se extienden hasta el año de su muerte, 1598, en que llegó a El Escorial una importante remesa de Alemania en cuatro cajas, traídas por el agustino P. Baltasar Delgado.

Era tal el ansia del Rey por enriquecer su monasterio con miembros de los cuerpos de los santos, que envió emisarios por España y fuera de ella a fin de que le procuraran las reliquias que se guardaban en monasterios, catedrales, iglesias o en casas privadas, con una tal ilusión que para obtener una gracia de él, como decían algunos, no había mejor medio que ofrecerle

alguna reliquia. «No es maravilla, decía el P. Sigüenza, se haya juntado aquí tan incomparable tesoro, porque si miramos el poder de un príncipe tan grande como el de Felipe II, y la gran devoción que a las reliquias de los santos tenía, la codicia con que las mandaba buscar por todo el mundo, la avaricia santa con que las guardaba, la voluntad y el deseo con que los Papas y otros muchos príncipes eclesiásticos y seculares acudieron a servirle en esto, será fácil de creer lo que hemos dicho, así, a bulto y atropellado.»

Los poseedores de reliquias, al tanto de esta «avaricia santa» del Rey, se apresuraban a donarle tales alhajas sagradas, ya por agradarle, ya con la intención secreta de obtener algún beneficio; otras veces el propio monarca medio forzaba la voluntad de la comunidad o cabildo, instando para su donación, que el Rey agradecía no escatimando gracias y beneficios.

No hay que olvidar que las circunstancias políticas y religiosas de la época coadyuvaban al Rey en sus propósitos, ya que las doctrinas protestantes se oponían al culto de las reliquias de los santos; lo cual motivó que en el centro y norte de Europa se produjera, en los medios heterodoxos, una desestimación y desvaluación de su aprecio, llegando incluso a su completa destrucción, como acaeció con el cuerpo de santa Isabel de Hungría.

Por eso fue tan fructífera la misión del P. Delgado por Alemania hacia 1595, e hizo tan gran acopio de reliquias que, al verlas en Madrid el monarca el 12 de mayo de 1598, dice el P. Sigüenza, «que adorólas con suma reverencia y alegría, que la recibió grande, viendo en su poder un tesoro tal que en su comparación el de sus reinos le estimaba en nada».

Felipe II destinó dos altares para conservar y venerar esta ingente cantidad de reliquias, entre las que había seis cuerpos enteros, numerosas cabezas de santos, brazos, piernas, etc.; siendo el de la derecha de la basílica consagrado a San Jerónimo para reliquias de varones, y el de la izquierda, dedicado a la Anunciación, para guardar las reliquias de santas. No fue suficiente el espacio de estos dos altares para encerrar tal cúmulo de reliquias, y entonces se pensó aprovechar la parte alta de estos dos testeros, instalando en ellos cajas de pino, estofadas y doradas, que, como en una estantería, se colocaron los vasos sagrados, afeando la vista de la basílica en esta parte y perdiendo luz natural en ambas naves laterales, ya de por sí insuficiente, pues las torres que iban en la pared externa del testero de estas naves impidieron construir un gran ventanal. Esta falla la confesaba el P. Sigüenza al comentar, «esta traza, aunque quedó lo más hecho, no ha contentado a muchos, porque hace una notable fealdad en la iglesia, quitando la luz, que importaba mucho en aquellas dos naves, por ser las ventanas de oriente, y porque los mismos relicarios quedan

sin ella y la iglesia, que es lo peor, pierde su tamaño y buena correspondencia y otros cien inconvenientes en buena arquitectura».

Más tarde Felipe III proyectó construir dos retablos en estas naves laterales, semejantes al del altar mayor, deshaciendo aquella obra de mal gusto realizada por su padre, pero las dificultades económicas que afligieron a su reinado, las obras del panteón en las que se embarcó y su prematura muerte, impidieron tan laudable empresa. Así lo aseguraba el P. Francisco de los Santos, en su *Descripción de El Escorial*, al escribir: «El católico rey Filipo III advirtiéndolo esto... tuvo determinación de hacer dos retablos, como el del altar mayor en estos dos altares o ponerlos con tal disposición que correspondiese su grandeza a los demás del templo y a la estimación de tales y tantas reliquias; y cuando se empleó en dar principio a la fábrica del panteón, hizo traer muchos finísimos jaspes y mármoles para este efecto; faltóle la vida y quedóse todo suspendido.»

Pasando ahora a la historia del Camarín de las reliquias y descripción de su contenido, tema central de este artículo, creemos que el motivo de su creación fue destinar un lugar donde exhibir tantas reliquias pequeñas y reducidos objetos artísticos, revalorizados por un sentido religioso, que, reservados en esta estancia, les librara del hurto y podrían ser mostrados de cerca a visitantes de confianza y garantía.

Para este destino se aprovechó una habitación abovedada, de 7,75 m. de largo, por 2,20 m. de ancho y 5,22 m. de alto, situada junto a la escalera llamada del Patrocinio, la cual, a su remate, cortada por un tabique, en lugar de seguir ascendiendo, desciende, formando tres gradas, que quedan utilizadas como gradas del altar del camarín. Tiene la entrada esta estancia por el local llamado Aula de Moral, a través de dos puertas, para más asegurar las alhajas de valor que encerraba; siendo la primera puerta de cuarterones que forman una cruz de maderas embutida, y la segunda de sencillos cuarterones. Goza de una espléndida iluminación a través de dos ventanas rasgadas hasta el suelo, una de taracea orientada a mediodía y otra a levante.

Este local se dedicó a guardar pequeñas reliquias ya en vida de Felipe II, según creo, y lo describe brevemente el P. Sigüenza con estas palabras: «Junto con esta aula está una piececita o llamémosla camarín, pues ya hemos tomado licencia para tantos nombres nuevos en España; aquí hay excelentes joyas de pintura, escultura, iluminación y otras cosas menudas y preciosas.»

Los jerónimos encargados de la custodia de las reliquias se llamaban «reliqueros», teniendo también a su cargo este camarín; disponían las reliquias que habían de salir en procesión en ciertas fiestas importantes del año. El primer reliquero fue el P. fray Juan de San Jerónimo, quien murió en 1591,

sucediéndole el P. Sigüenza, como él mismo confiesa «teniendo a mi cargo aquellos santos tesoros...». Al P. Sigüenza sucedió como reliquero el P. Martín de Villanueva, quien aparece en este cargo en 1597; es probable que al ser nombrado el P. Sigüenza rector del colegio de El Escorial en 1594, le sucediera en este oficio el P. Martín de Villanueva, quien dedicó el local del camarín para guardar las reliquias pequeñas y objetos artísticos piadosos; murió en 1605; su labor como reliquero durante sus diez años las resumen las *Memorias Sepulcrales* con estas palabras: «El archivo y reliquias también las tuvo a su cargo y en lo uno y en lo otro también trabajó mucho para su buena inteligencia, como se ve por muchos borradores de índices y alfabetos que hizo.»

Pero quien desarrolló una labor extraordinaria como reliquero fue el padre Bartolomé de Santiago, quien sucedió al P. Villanueva a su muerte en 1605, continuando en este oficio hasta su muerte en 1630. A sus instancias Felipe III enriqueció con valiosos relicarios al Monasterio, muchos se hicieron dando él la traza y modelo, que seguían los orfebres, como Juan de Arfe, que labró más de 44 cabezas en bronce, los discípulos de los Leoni, en su taller de Madrid y en el del Monasterio llamado «Platerías»; volvió a colocar las reliquias en los altares con nueva disposición, reorganizó el camarín, colocando ordenadamente hasta la más pequeña reliquia, «puso en ellas números y el nombre del santo, cuya es cada una y se refiere a la entrega que se hizo al convento cuando vinieron y a los testimonios antiguos y modernos con que las entregaron».

En su tiempo se compusieron dos libros, uno fue escrito por el P. Francisco de Alcalá hacia 1610, ya que murió el año siguiente y quedó incompleto; es un inventario de las reliquias, con copia de los testimonios e índice de todas las que hay en el Monasterio, ayudando de esta forma al monje reliquero; este libro de letra algo dificultosa de leer, se conserva en el Archivo del Palacio Nacional (Sección Escorial, leg. núm. 30).

No parece que quedara satisfecho el P. Santiago con este libro-guía de reliquias, ya que emprendió la composición de otro, de gran tamaño (41 × 27 centímetros), de letra muy hermosa, con un frontis ostentoso, dibujado a pluma, con el título: *Inventario y memorial de las santas reliquias y relicarios que el señor Rey don Felipe II ha entregado a esta su real casa de San Lorenzo desde el año de 1571, en el cual se hizo la primera entrega hasta el año de 1598 en que murió*; contiene en sus varias partes un inventario de reliquias y relicarios, copia de las «auténticas», catálogo de santos y sus vidas, cuyas reliquias se conservan en El Escorial, y al final un índice de los santos; a continuación se añadió la lista de reliquias de que se hizo entrega en 1611, llamada «octava entrega»; el P. Santos nos confirma la composición de tal

obra con estas palabras: «Hizo un libro muy grande, aparte de sus traslados y del inventario y relicarios, donde están y vidas recopiladas de los santos cuyas son, el cual se guarda en el camarín y se estima como loable trabajo de su incansable celo.» Lamentablemente este libro se llevó a Madrid en el siglo pasado, guardándose en el Archivo del Palacio Real (leg. 1.657), ilógicamente separados el catálogo de los objetos que describe.

En 1626 visitó el camarín el humanista italiano Casiano del Pozzo que acompañaba al legado pontificio, Cardenal Barberini, y nos lo describe brevemente en sus «Memorias»: «Nos mostraron una pequeña pieza donde hay diversas reliquias, cuadritos adornados de devoción y otras cosas sagradas; entre los cuales, de importancia que allí se ven, había tres de mano de don Julio Clovio, bellísimos, y no más grandes que un palmo corriente; son miniaturas sobre pergamino.»

Durante el siglo XVII quedó el camarín como lo había dejado ordenado el padre Santiago, hasta que un jerónimo, el P. fray Baltasar de Soria, emprendió la tarea de costear la decoración del camarín, valiéndose de los donativos de los cortesanos y aprovechando las habilidades de un pintor, cuyo nombre no conocemos, para ornamentar al fresco sus paredes; la obra quedó incompleta, al morir el pintor en plena tarea, quedando decorada la bóveda en estilo grotesco; encima del altar hay la figura de un ángel con instrumentos de martirio, como tea, látigo, palma y corona; sobre el ángel la Santísima Trinidad; en los lados laterales cuatro óvalos con ángeles en el centro, y en sus manos: lirios, coronas, palmas, incensarios, etc.; las pinturas al fresco de dos nichos, a ambos lados de la ventana del mediodía, que representan, una, las bodas de Caná y la otra, enfrente, a la Virgen María, creemos que son de diversa mano que la pintura de las bóvedas, tal vez de algún jerónimo que apenas sabía manejar los pinceles.

Teniendo en cuenta que el P. Soria murió en 1676 y el incendio del Monasterio fue en 1671, calculamos que el pintor de tercer o cuarto orden que decoró al fresco el camarín, que acompañaba a la corte y murió en plena tarea, realizó esta obra entre 1660 y 1670. Los monjes alabaron al P. Soria por esta obra de mecenas al escribir en su memoria sepulcral: «Corrió a su cuidado también que el cielo o bóveda del camarín se adornase de pintura al fresco, que está hecho todo un cielo, cuyas estrellas son tantas y tan preciosas reliquias como en él se miran.» En 1725 escribía el autor del *Memorial de Reliquias*, hablando del P. Soria, «y también costeó la pintura de la bóveda de este camarín que por haber muerto el pintor no se concluyó». Más tarde los escritores jerónimos del siglo XIX como Bermejo, Quevedo, el médico Rotondo,

etcétera, confundieron al patrono con el pintor y atribuyeron la pintura a un monje jerónimo que no identifican.

Con motivo de esta ornamentación fueron removidos todos los objetos, relicarios, cuadros, etc., y volvieron a colocar en otro orden «más vistoso y conveniente del que antes tenían»; y como consecuencia tuvieron que componer un nuevo inventario, muy detallado, de todo lo contenido en el camarín y demás relicarios, que se conserva en El Escorial, sign. M.^a 22.I.3, con el título: *Inventario y descripción de las reliquias, relicarios, iluminaciones y otras alhajas que se guardan en el camarín de la Aulilla de Moral de este Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. 1725*. Se atribuye al P. José Ramírez de Arellano. Describe tan detalladamente los objetos del camarín que le dedica 38 hojas, al mismo tiempo que remite a los documentos originales, como base de su descripción, siempre que existen.

Las crónicas jeronimianas citan también a otro monje, P. Manuel Gallardo, muerto en 1724, quien trabajó en coordinar el archivo, ordenó y clasificó los documentos sobre reliquias. Los escritores sobre El Escorial del siglo XVIII, como el P. Ximénez, Antonio Ponz, etc., describen el camarín con más extensión que sus predecesores, los PP. Sigüenza y Santos, ya que en esta centuria, además de camarín de reliquias, era una estancia llena de objetos artísticos; no cesando, durante todo el siglo XVIII, de acumularse nuevas alhajas en esta pequeña estancia, como cuadritos, a veces de buenas firmas, cruces de metales preciosos, láminas de cobre pintadas, custodias, estatuitas; en 1793 se depositó en el camarín la cruz llamada del Pastor que estaba en la biblioteca.

«Sería nunca acabar, decía el P. Ximénez, el querer referir todo el conjunto de preciosidades que aquí se contiene; pues, además de pasar de sesenta las pinturas y láminas labradas de distintas maneras y con particular artificio, se gozan también muchos primores de delicada escultura en cera, marfil, piedra y otras materias en que tienen los curiosos mucho que considerar.»

El despojo metódico que iniciaron los franceses del Monasterio de El Escorial en 1809, se cebó de un modo especial en el camarín, cuyas alhajas, por su pequeño tamaño, se podían hacer desaparecer más fácilmente y más difícil su localización; además que los metales preciosos de los relicarios y sus valiosas piedras que los adornaban atraían más la rapacidad del invasor. No quedaron sino los huesos de los santos y alguna que otra obra de arte de baja calidad que no interesó a Quilliet y a sus secuaces.

En la lista de obras de arte enviadas a Madrid en 1809 procedentes de El Escorial aparecen del camarín, por citar algunos objetos: una geoda formando una cueva con cristalización de amatista y en la cueva un San Jerónimo penitente de oro, la famosa cruz del Pastor, ocho cuadritos apaisados conteniendo

bajo relieves de cobre, las miniaturas sobre vitela de Julio Clovio, Andrés de León y su compañero Fuente El Saz; las pinturas sobre ágata de Caracci, un San Jerónimo de marfil, una Dolorosa sobre pizarra de Ticiano, diversas obras de coral, etc.; tan completo fue el despojo que en el inventario que se hizo en 1813 de objetos que quedaban en el Monasterio ni siquiera se cita el camarín.

Se marcó con una cruz en el inventario de 1725 los objetos depredados del camarín, y aparecen más de cien los sustraídos de esta lujosa estancia; aunque no todos fueron llevados por los franceses, sino que también los españoles, aprovechando la circunstancia del abandono del edificio y la pequeñez de las alhajas, hicieron desaparecer en beneficio propio objetos valiosos, como prueban algunas devoluciones en los años siguientes.

En la recuperación de alhajas de El Escorial llevada a cabo por el P. Patricio de la Torre, terminada la Guerra de la Independencia, se lograron recuperar una tercera parte de objetos preciosos del camarín, como nos cuenta el citado Padre: «Del dicho depósito del Rosario (Madrid) traje a esta casa muchos efectos del camarín, relicarios de varias formas, como puede verse en las remesas de cosas enviadas a casa y la estatua de alabastro de San Juan Bautista»; intervino en estas operaciones de recuperación el famoso José de Salamanca, que era tesorero de la Real Aduana, quien le entregó la más notable reliquia, el cuerpo del Niño Inocente, pero sin la preciosa urna que hiciera el lego jerónimo fray Eugenio de la Cruz; más diversos retablos de ébano, las vitelas pintadas por los jerónimos antes citados, como también las láminas de cobre pintadas, un San Jerónimo de alabastro, etc.; pero se perdieron definitivamente, según el P. Bermejo, «17 bajo-relieves, 30 cuadritos, 19 ó 20 iluminaciones y más de 50 relicarios».

Como es natural desaparecieron más objetos de valor precioso que de valor artístico; posteriormente, 1827 y 1828, fueron devueltas algunas reliquias sustraídas, como se entregaron más tarde nuevas reliquias y objetos artísticos, según indica Antonio Rotondo en su *Descripción de El Escorial*, a saber, un escritorio de concha y ébano, una caja de marfil con relieves del siglo XI, un cofrecito esmaltado de azul, etc., de modo que en las guías descriptivas de Bermejo, Quevedo, Rotondo, etc., aparece enriquecido el camarín con una tal riqueza artística nada despreciable.

Volvió a sufrir nuevo despojo en 1837 cuando, por orden de la Reina Gobernadora, María Cristina, fueron llevados a Madrid un grupo de excelentes pinturas; entre ellas iban seis pequeños cuadros del camarín, de artistas como Rafael, Alonso Cano, Parrasio, Jan Massys, etc., más seis cuadritos miniaturas que quedaron en el Palacio Real, mientras los primeros fueron depositados en el Museo del Prado.

Posteriormente a este nuevo despojo fueron sacados diversos objetos artísticos para ser exhibidos al turismo en la celda prioral baja, de las Salas Capitulares, como la estatua en mármol de San Juan Bautista, un templete de mármol, varios objetos de marfil y algunas pinturas sobre ágata; pero los libros valiosos, como los autógrafos de santa Teresa, el Evangelario de san Juan Crisóstomo, la supuesta obra de san Agustín, *De baptismo parvulorum*, etcétera, fueron llevadas a la Biblioteca Real del Monasterio donde es su apropiado lugar.

Hemos visto cómo se ha ido perdiendo la valiosa colección que atesoró esta estancia a través de los siglos, primero sus objetos valiosos, como oro, plata, piedras preciosas, por la rapiña francesa; después sus objetos artísticos ante la centralización nacional del arte; tan sólo quedan hoy reliquias de dudoso valor espiritual, más algunos objetos de poca valía y su brillante historia que nadie se la podrá arrebatar.

Dejamos para un segundo artículo la descripción detallada de los objetos que ha contenido este camarín desde Felipe II hasta los tiempos actuales.